



NÚMERO 11

Abril, 2003



Una publicación
editada por el
**GRUPO
MINERALOGISTA
DE MADRID**

Con la
colaboración del
**CONSEJO SUPERIOR
DE COLEGIOS DE
INGENIEROS DE MINAS**



Dirección

Gonzalo García García

Subdirección

Fernando Gómez Díaz

Fotografía

Francisco Piña Miró
José Manuel Sanchis Calvete

Consejo Asesor

Antonio Arribas Moreno
Miguel Calvo Rebollar
José González del Tánago
Fernando Plá Ortiz de Urbina
Fernando Vázquez Guzmán

Consejo de Redacción

María José Bernárdez Gómez
Miguel Checa Espinosa
Iván Carrasco Martiánez
José Manuel Cuesta Aller
José Antonio Espí Rodríguez
Jordi Fabre Fornaguera
Ángel Francisco Cutillas
Juan Carlos Guisado di Monti
Alberto de Manuel Vega
Íñigo Orea Bobo
Fernando Palero Fernández
Borja Sáinz de Baranda
Fernando Tornos Arroyo

Traducciones

Dioni I. Cendón

Publicidad

Manuel de Torres Molina

Maquetación

María José Rudilla

Fotomecánica

Megachrom S.A.

Imprenta

Grupo Marte, S.A.

Depósito Legal

Nº M-34676-1994

© Reservados todos los derechos

Publicación Semestral

editorial

La industria minera, base del bienestar.

LA visión de la realidad que la sociedad recibe desde los medios de comunicación, es incorporada, en alguna medida, a la opinión que los ciudadanos manifiestan sobre los distintos temas que se plantean. Ahí reside el enorme poder de los medios: su capacidad para fomentar “estados de opinión” o incluso dirigir líneas de pensamiento, en las que tertulianos y comentaristas parecen sembrar lo que en seguida se establece como opinión generalizada sobre cada asunto, por precipitada o imprecisa que esta sea. De hecho, solamente las personas que tienen conocimiento y experiencia sobre cada tema, son poseedores de un criterio propio, bajo el que analizar sucesos o situaciones. Los demás, componen un colectivo enormemente permeable a los mensajes que se quieran lanzar, por distorsionados o errados que estos sean.

Por desgracia, la minería no es una excepción. Posiblemente esta sea en la actualidad una de las actividades industriales más desconocidas y sobre todo denostadas del sector productivo. Como estereotipo, se da por hecho que la minería sigue siendo una industria de alta peligrosidad, muy agresiva con el medio ambiente, propia de países sin desarrollo y, en definitiva, un sector que debería desaparecer o bien ocupar un lugar de la máxima discreción dentro de una sociedad avanzada.

Por supuesto, nada más lejos de la realidad. Como toda actividad que se desarrolla en la naturaleza, la minería está sujeta al error humano y al suceso inesperado, pero hoy día es este un sector altamente tecnificado, caracterizado por la planificación y un exhaustivo control de los trabajos. El mal proceder no es la tónica de esta industria, por mucho que algunos periodistas desinformados o la demagogia de ciertos políticos parezcan sugerirla.

Con respecto al medio ambiente, la minería ha reaccionado con una meritoria agilidad ante las nuevas demandas sociales que exigen un respeto hacia el medio natural. Además, es preciso recordar que esta sensibilidad no siempre ha acompañado a los intereses de nuestra sociedad, sino que en realidad surge de forma muy reciente. No es equilibrado reprochar a los mineros del siglo XIX no haber tenido en consideración el posible impacto sobre el medio. En el siglo XIX el medio ambiente no importaba a nadie, importaban las materias primas y el desarrollo de la industria. Pero es más, es que hoy las cifras demuestran que a nuestra calidad de vida le siguen importando las materias primas, y mucho, concretamente 12 toneladas de productos minerales por año y por persona, que son la cuota necesaria de cada uno de nosotros para disfrutar de vivienda, autovías, ciudades deportivas, coche... todo lo que nos rodea y da sentido a nuestro estilo de vida, y al que naturalmente no deseamos renunciar, tiene indefectiblemente un origen minero. Por esta razón, sería deseable que, junto a esa nueva sensibilidad por la naturaleza, razonable y digna de la mayor atención como lo es ya en la actividad minera, acompañase a la sociedad y al gestor político la sensatez necesaria para apoyar a la minería como base primera del bienestar. Sería por tanto de agradecer que las Administraciones dejaran de acosar a esta vieja industria con esos irracionales *planes de ordenación territorial* que nunca parecen contemplar los recursos geológicos en su obvia condición de “no trasladables”, se eliminara esa inadmisibles “externalización” de la minería, que constituye un lujo que no podemos permitirnos desde el sentido común y menos aún desde el respeto hacia los países menos desarrollados, que se agilizará la tramitación de los expedientes de apertura en los ayuntamientos, que los políticos que proponen los enésimos borradores de la Ley de Minas supiesen, al menos, que significa una ley del 50 % según se trate de mineral de oro o magnesita, y que cuando se habla del impacto de la minería, se parasen a considerar el posible impacto de una ausencia de minería.

BOCAMINA